

en forma y disposición: cada pueblo, según su importancia, se distinguía por el tamaño y número de sus templos. (1)

Mencionaremos los principales teocalli, y de su descripción se sacará relativamente la de los demás. La ciudad de México, en tiempos sucesivos, había levantado el suntuoso templo de Huitzilopochtli. (2) La construcción se componía de muy diversas partes. Era una gran superficie, cercada con una pared de piedras labradas en forma de serpientes, entrelazadas las unas con las otras, llamada *coatepantli*, pared ó muro de culebras. El muro ofrecía cuatro puertas; salía la del O. á la actual calle de Tacuba, siguiendo la calzada de Tlacopan; la del N. correspondía á la calzada de Tepeyacac; la del E. terminaba en la costa de la isla en donde estaba situada la ciudad, en el embarcadero del lago, y la cuarta al S. para la calzada de Coyohuacan: calles y caminos estaban sacados en línea recta por una y dos leguas, con objeto de que los devotos pudieran descubrir el templo desde lejos.

En el centro de este cercado se alzaba el gran teocalli. Era una construcción maciza, rectangular, de cuatro á cinco metros de altura; sobre ella seguía otra semejante, mas no de las mismas dimensiones, pues igualando con la anterior por una cara, por los otros lados disminuía en anchura, dejando un espacio ó pasadizo con el interior por el cual podían caminar tres ó cuatro hombres de frente; seguían del mismo modo los diferentes pisos, hasta el último que presentaba una superficie lisa é igual: el conjunto asumía la forma de una pirámide truncada. La cara unida no era vertical, sino inclinada hácia la parte interior, y en ella estaba construida la escalera, de un sólo tramo de alto á bajo, (3) con ciento y veinte escalones de un pié cada uno de altu-

(1) P. Mendieta, lib. II, cap. VII. Torquemada, lib. VI, cap. IX.

(2) Los españoles llamaron á los teocalli, *Ci* en singular y *Cues* en plural; el primero es voz de la lengua de las islas, el segundo de formación castellana.

(3) Las dimensiones suministradas por los testigos de vista no van conformes; es natural, no todos podían tener la misma práctica para tomar medidas á ojo. De aquí resulta, que mientras Torquemada, lib. VIII, cap. XI, da á la cepa inferior la forma cuadrada y trescientos setenta piés de esquina á esquina, Tezozomoc, Crónica Mexicana, cap. 37, MS., acepta la figura de paralelogramo, con 125 brazas por el lado mayor y 90 por el menor. La misma discordancia en la altura vertical, que según el mismo Tezozomoc, cap. 50, subía á 160 estados.

ra. (1) Éstos eran de piedras labradas; el resto, reforzado con mampostería, estaba encalado y bruñido, presentando una vista muy hermosa.

La superficie superior, propiamente el átrio, quedaba cercada con un pretil galano, labrado de piedras menudas negras, sobre campo blanco y colorado; encima unas almenas á manera de caracoles, y en los remates de los estribos dos figuras de piedra, sentadas, con unos candeleros en las manos rematando en unas como mangas de cruz, de plumas amarillas y verdes. Miraba la escalera al Oeste; á corta distancia de ella quedaba el *techcatl* ó piedra del sacrificio, y en el lado opuesto, es decir, al E. veíanse las capillas de los dioses. Eran dos, cada una de tres cuerpos, el primero de mampostería, los otros dos de madera rematando en chapiteles curiosos: en la una se adoraba á Huitzilopochtli y en la otra á Tlaloc. Grande era la altura de estas capillas, aumentando con mucho la general del edificio.

Al pié de la escalera se encontraban los dos grandes braseros en que perpetuamente ardía el fuego sagrado. Todo el patio estaba empedrado de grandes lozas, tan bruñidas que con frecuencia se deslizaban los piés. Quedando libre un espacio para las ceremonias y bailes religiosos, el resto del patio se veía ocupado por multitud de teocalli menores, estanques y fuentes para las abluciones, casas de penitencia, depósitos de las vestiduras y de los adornos de los dioses, habitaciones para los sacerdotes, lugares para los diversos géneros de sacrificio, copiosos depósitos de armas, y en fin, cuanto era menester para las prácticas de aquel complicado culto. Para formar idea aproximada de la extensión del atrio superior, recordaremos que Cortés nos dice que ahí se fortificaron quinientos nobles para defenderse; la parte

(1) Clavigero, tom. I, pág. 243, y en ello le sigue Prescott, niega que fuera una escalera sola, y afirma que eran tantas escaleras como pisos contaba el edificio. Por más citas que en abono de su doctrina alegue, es absolutamente falsa. Cegado por el dibujo de fantasía que acompaña en Ramusio la Relación del conquistador anónimo, torció á su sabor los textos de éste, de Cortés, de Bernal Díaz y de Sahagun, las cuales bien interpretadas dicen lo contrario á su propósito. En el templo de Huitzilopochtli la escalera era una sola. El P. Durán y Acosta cuentan 120 escalones, mientras Tezozomoc, lóp. 37, le supone 360. La repetida escalera, aunque una sola, aparece dividida de alto á bajo en las pinturas, en dos ó tres secciones paralelas, admitiendo tres compartimientos, resultarían los 120 escalones completos, ó 360 fracciones.



descubierta del patio, donde fué la matanza ejecutada por Alvarado, podía contener danzando en rueda al rededor del teocalli, de ocho á diez mil personas. (1)

No cuadrando á nuestro propósito hacer una minuciosa descripción de todo el edificio, preciso se hace detenernos ante dos objetos, que por su originalidad llaman la atención. El uno el Tzompantli, lugar destinado á conservar las cabezas de los prisioneros sacrificados. Según un testigo de vista:—“Estaban frontero de esta torre sesenta ó setenta vigas muy altas, hincadas derivadas de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un treatro (*sic*) grande, hecho de cal é piedra, é por las gradas dél muchas cabezas de muertos pegadas con cal, é los dientes hácia fuera. Estaba de un cabo é de otro destas vigas dos torres hechas de cal é de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra, é los dientes hacia fuera, en lo que se pudie aparecer, é las vigas apartadas una de otra poco ménos que una vara de medir, é desde lo alto dellas fasta abajo puestos palos cuan espesos cabien, é en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho palo: é quien esto escribe, y un Gonzalo de Vmbría, contaron los palos que habie, é multiplicando á cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas.” (2) Después de sacrificado el prisionero, recogido el cadáver por el cautivador y comida la carne, la cabeza era entregada á los sacerdotes, quienes horadándola por las sienes la colocaban en las varas del tzompantli; en su lugar permanecía, hasta que despedazada por la intemperie era sustituida con otra. Éste de que acabamos de hablar era el mayor, pues consta de Sahagun que ahí mismo había otros menores: horribles osarios que dan testimonio de aquella desatinada religion.

(1) En esta ligera descripción tomamos por principales guías, P. Duran, segunda parte, cap. II. MS. Acosta, lib. V, cap. XIII. Códice Ramírez, MS. Pueden consultarse para la multitud de pormenores que faltan, Conquistador anónimo, Documentos de García Icazbalceta, tom. I, pág. 384. Motolinia, trat. I, cap. XII. P. Sahagun, tom. I, pág. 197 y siguientes. P. Mendieta, lib. 11, cap. VII. Torquemada, lib. VIII, cap. XI. Véase Clavigero, tom. I, pág. 240, para las diferencias que hemos acentado.

(2) Relación de Andrés de Tápia, Documentos para la Hist. de México por D. Joaquín García Icazbalceta, tom. II, pág. 583. P. Duran, segunda parte, cap. II, MS. Acosta, lib. V, cap. XIII.

El otro objeto era el templo de Quetzalcoatl, el único que por la forma se distinguía de los demás. Éste descansaba sobre una sola cepa, á la cual se subía por gradas; había encima un edificio redondo cubierto con un chapitel curiosamente labrado; la puerta era estrecha y figuraba la boca abierta de una serpiente feroz, con sus ojos, dientes y colmillos, poniendo espanto en el corazón de quienes se acercaban. (1) Hasta en su santuario se diferenciaba Quetzalcoatl de las otras divinidades.

En este gran Panteon estaban encerrados, no solo los números nacionales, más también todos los de los pueblos conquistados. Cada uno tenía su templo, sus sacerdotes y guardadores, su culto particular. Pasaban de cinco mil las personas aposentadas por el patio, entre ministros, servidores, mancebos y mujeres consagradas á las diversas faenas. En cada altar se encendía fuego, así que por la noche la iluminación presentaba un aspecto sorprendente. Reinaban el aseo y la compostura por todas partes, cada objeto parecía nuevo, y su magnífico conjunto logró cautivar la admiración de los conquistadores.

Rival de este templo era el de Texcoco: copiamos de un original poco conocido la descripción, con su ingenuo lenguaje.—“El templo principal de estos ídolos Huitzilopochtli y Tlaloc, estaba edificado en medio de la ciudad, cuadrado y macizo como terraplano de barro y piedra, y solamente las haces de cal y canto. Tenía en cada cuadro ochenta brazas largas y de alto veinte y siete; tenía ciento y sesenta escalones á la parte de poniente por donde á él se subía. Comenzaba su edificio desde sus cimientos, de tal forma que como iba subiendo se iba disminuyendo y estrechando de todas partes en forma piramidal, y de trecho á trecho hacía un descanso como poyo al rededor de todo él, como camino de un estado en medio de las gradas que subía de abajo arriba hasta la cumbre, que era como división para hacer dos subidas que entrambas iban á parar en un patio, que en lo más alto de él se hacía, en donde había dos aposentos grandes, el uno mayor que el otro: en el mayor que estaba á la parte del sur, estaba el ídolo Huitzilopochtli, y en el otro que era el menor, que estaba á la parte del norte, estaba el ídolo Tlaloc, que ellos y los aposentos miraban á la parte de poniente, y por delante el

(1) Torquemada, lib. VIII, cap. XI. Motolinia, trat. 1, cap. XII.



patio que se ha dicho, prolongado de norte á sur, muy llano y lucido, y tan capaz que cabían en él sin pesadumbre quinientos hombres, y al un lado de él hacía la puerta del aposento mayor de Huitzilopochtli, una piedra levantada de una vara en alto, con lo alto de ella al talle de un cofre tumbado que llamaban *techcatl* donde sacrificaban los indios. Estos ídolos estaban sentados, sin embargo que se han puesto parados, porque se ha hecho por dar mejor á entender su forma, talle y compostura. Tenía cada aposento de estos tres sobrados, que se mandaban por de dentro de uno en otro, con una escalera de madera movediza. Teníanlos llenos de municion de todo género de armas, especialmente de macanas, rodela, arcos y flechas, lanzas y guijarros, y todo género de vestimentas y arreos de guerra. (1)

Nezahualcoyotl, el rey filósofo y poeta, había mandado construir en Texcoco un templo al dios increado y desconocido. Según el historiador de aquel príncipe:—"En recompensa de tan grandes mercedes que había el rey recibido del dios incógnito y criador de todas las cosas, le edificó un templo muy suntuoso, frontero y opuesto al templo mayor de Huitzilopochtli, el cual fuera de tener cuatro descansos el Cú, y fundamento de una torre altísima que estaba edificada sobre él con nueve sobrados, que significaban nueve cielos, el décimo que servía de remate de los otros nueve sobrados, era por la parte de afuera matizado de negro y estrellado; por la parte interior estaba todo engastado de oro, pedrería y plumas preciosas, colocándolo al dios referido y no conocido ni visto hasta entonces, sin ninguna estatua ni forma su figura. El chapitel referido casi remataba en tres puntas; y en el noveno sobrado estaba un instrumento que llamaban *Chilititli*, de donde tomó el nombre este templo y torre, y en él así mismo otros instrumentos musicales como eran las cornetas, flautas, caracoles y un arteson de metal que llamaban *tetzilacatl*, que servía de campana, que con un martillo asimismo de metal le tañían, y tenía casi el mismo tañido de una campana; y uno á manera de atambor, que es el instrumento con que hacen las danzas, muy grande; este, los demas, y en especial el llamado *Chilititli*, se tocaban cuatro veces cada día natural, que era á las horas que atras queda referido que el rey oraba." (2) Por la for-

(1) Relacion de la ciudad de Texcoco por Juan Bautista Pomar. MS.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. chichimeca, cap. 45. MS.

ma este templo aparece muy particular; la especie de campana recuerda usos asiáticos ó cristianos, y por la aplicacion resulta ser el único consagrado á una idea filosófica de la Divinidad.

En otro lugar dimos noticia de las pirámides de Teotihuacan y de Cholollan, que si bien estaban aprovechadas como templos, corresponden á los tiempos antehistóricos: estas obras son las mayores de su género, dejando muy atras por sus dimensiones á los teocalli de México y de Texcoco. El número de los edificios religiosos no puede ser fijado ni aun de una manera aproximada; entre grandes, medianos y pequeños; en las ciudades, en las llanuras, en los montes, la supersticion los había multiplicado de una manera prodigiosa.

Pasando al culto, llama la atencion el gran número de festividades prevenidas por el ritual. En cada uno de los diez y ocho meses se hacía solemne fiesta á la divinidad que en él presidía; solemnizábase el signo de cada uno de los días con que comenzaban las treceñas; muchas fechas del Tonalamatl pedían víctimas y preces; cada conocimiento humano, cada una de las acciones subsidiarias tenían su patron particular; se acudía á los númenes para pedirles su auxilio en la guerra, su defensa contra la peste, su liberalidad en el hambre; las estaciones, los fenómenos meteorológicos, los acaecimientos astronómicos, pedían sacrificios; los acontecimientos públicos faustos ó adversos traían accion de gracias ú ofrendas para aplacar á las divinidades, y las fiestas fijas y movibles, y las que inventaba la devocion particular, hacían continua é interminable la asistencia á los templos. (1) Los méxica pasaban su tiempo combatiendo ú orando.

La mayor reverencia ó acatamiento á los dioses consistía en inclinar el cuerpo, tocar la tierra con el dedo mayor de la mano derecha y llevar el polvo á la boca; la misma ceremonia se practicaba delante de personas de alta consideracion. Era desconocido el ponerse de rodillas; delante de los númenes permanecían en cuclillas, conservando esta postura ante los superiores, en las conversaciones y en los actos de la vida doméstica. (2) En la oracion pedían el remedio de sus necesidades; probable es que en el ritual estuvieran determinadas, ó la costumbre tuviera admitidas algunas preces, que en ciertos casos se repitieran de

(1) Cumplida idea de ello da el P. Sahagun, tom. I, pág. 50, 228.

(2) P. Mendieta, lib. II, cap. XI.



memoria; así lo dejan entender al ménos las conservadas por los autores. (1) Aquel pueblo ceremonioso, que para cada acontecimiento guardaba preparada una arenga, no debía mostrarse corto en lo tocante á la religion.

La música, el canto y la danza formaban parte del culto. Vimos que el sol dió á los devotos de Tezcatlipoca el gran tambor llamado *huehuetl* y el instrumento de madera nombrado *teponaztli*; (2) tocados por medio de baquetas, eran propios para marcar el compas en el canto y en el baile: añadíanse alguna vez los pitos y los caracoles. Los cantares eran á honra de los dioses; como en las oraciones, se loaban las virtudes del númen, ó se pedía remedio para las necesidades públicas ó privadas. Los cantares en el mes Tecuilhuitontli eran de amores, dulces historias, riesgos en cazas y monterías, hazañas de los hombres y sucesos notables; (3) si para éstos eran alegres, tornábanse en tristes y melancólicos en las exequias de los difuntos y en las memorias de los muertos. Las danzas religiosas casi siempre eran simbólicas, y las había dedicadas á ciertas deidades; bailaba en ocasiones particulares el rey, y segun los casos rituales los sacerdotes, los guerreros, los mancebos, las mujeres y las doncellas consagradas á los templos, bien una sola clase, bien mezclados segun lo pedido por la costumbre.

El huehuetl se compone de un armazon cilíndrico de madera de unos dos piés de diámetro y cinco de alto; la cara inferior, libre, tiene tres ó cuatro varillas gruesas, de poca altura, que le sirven para sustentarse; en la cara superior lleva tirante una piel curtida de venado: segun el parche está más ó ménos tirante produce el son más ó ménos grave. Tocábase hiriendo sobre la piel con los dedos ó las manos, ó bien con dos gruesos bolillos, cuyo extremo estaba cubierto con una pelota de *ulli*: oyénse desde bien léjos los roneos y lúgubres sonidos de este tambor. El *teponaztli* es tambien un cilindro hueco de madera, que en la parte convexa ofrece una ranura, que en union de otras cuatro, dejan libres dos lenguetas, separadas por tres de los lados; frontera una de otra, sobre ellas se hiere con bolillos, produciendo dos tonos

(1) P. Sahagun lib. VI.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XLIII.

(3) Torquemada, lib. X, cap. XXXIV.

diferentes, algo mates y siempre lúgubres. Los pitos y flautillas arrojan silvos agudísimos; los caracoles y bocinas dan sonidos graves. (1) Los mexicanos no eran músicos. El canto se resentía de monótono; sabían cambiar de compases avivando y dando mayor vida á la entonacion, mas no pasaban de ciertos ritmos muy marcados.

Mucho caso hacían del baile y del canto, por lo cual los reyes y señores mantenían maestros, que fuera de saber lo admitido ya para los dioses y las festividades, pudieran componer cantares y danzas en los nuevos acontecimientos. En las reuniones particulares eran pocos los danzantes, aumentando segun las circunstancias, creciendo el número hasta millares en las fiestas solemnes y públicas. Los bailarines, cuando pocos, se colocaban en dos filas, que adelantaban haciendo sus pasos en hilera, ó bien puestos rostro á rostro se mezclaban y confundían. Si eran muchos, la música, colocada sobre esteras finas, ocupaba el centro, miéntras ellos formaban alrededor círculos concéntricos, más y más ámplios á medida que de la música se alejaban. Junto al centro estaban dos ó cuatro personas, los corifeos del baile; los danzantes quedaban colocados de manera que formaban como rádios de los círculos, pues cada uno tenía por pareja, ya á la persona de los lados, ya á la de adelante, ya á la de atras. Dada la señal se comenzaba con un compas lento; consistía la destreza en que la música, el canto y la danza, llevaran un perfecto acorde; las voces no se desentonaban, cada danzante alzaba, como impulsado por un resorte, la misma mano, bajaba el mismo brazo, movía el mismo pié. Como era natural, los del primer círculo se meneaban con cierta lentitud; mas á medida que se alejaban del centro, como en el mismo tiempo tenían que recorrer mayor circunferencia, la velocidad iba siendo más y más grande. Acabada una estrofa y repetida, mudábase el compás en más vivo sucesivamente, hasta que los últimos danzantes debieran tomar una rapidez vertiginosa. Entre las circunferencias había pequeños niños siguiendo la danza, y truhanes ó chocarreros bajo disfraces risibles, diciendo dichos agudos ó picantes, para regocijar á los espectadores. Estos espectáculos coreográficos duraban por muchas horas; los danzantes fatigados eran sustituidos por otros,

(1) Torquemada, lib. XIV, cap. XI.